

Antonio Antón

La lucha política y de poder en el PSOE

El Partido Socialista está pasando por una grave crisis. Vamos a tratar diferentes aspectos que la explican: La actual guerra de poder, la pugna política interna y su origen, las causas de su declive, la inconsistencia del plan de Sánchez, la inexistencia de un proyecto socialista autónomo y la incoherencia e irrealidad de un Gobierno tripartito.

Guerra de poder en el PSOE

La guerra de poder, largamente larvada, ha estallado en el PSOE. Su mayor escenificación se produjo el pasado sábado, 1 de octubre, con la defenestración de Pedro Sánchez y su equipo de la Ejecutiva Federal y el nombramiento de una Comisión gestora dominada por los barones rebeldes (7 a 3). El gran espectáculo montado, como dicen algunos de sus dirigentes, ha sido bochornoso, lleno de virulencia, sectarismo, manipulación y métodos antidemocráticos. El destrozo a la credibilidad política, ética y democrática de la dirección socialista es innegable. La llamada posterior a la pacificación y la unidad conlleva la exigencia de los vencedores de subordinación de los vencidos.

La mayoría del Comité Federal, por escaso margen (132 frente a 107), ha rechazado el plan de Sánchez, que pretendía ensanchar su poder, y ha forzado su dimisión y la de la mitad de la Ejecutiva Federal que le apoyaba. Y ha nombrado una nueva dirección provisional, la Comisión gestora, bajo la presidencia del barón asturiano Javier Fernández, que toma el control. Ha cambiado el equilibrio de poder en la dirección. Pero la guerra está lejos de terminar. Se avecina otra batalla decisiva e inminente para completar el golpe de mano: el abandono del NO a la investidura de Rajoy y el cambio hacia una abstención negociada. La lucha de poder se combina con la reorientación política: facilitar (o no) la gobernabilidad del PP.

Se han configurado dos bloques ('bandos', según Pedro Sánchez) con un nivel de descalificación mutua y virulencia nunca visto. La brecha en la dirección se está extendiendo rápidamente al conjunto de la militancia. La pugna de legitimidades es abierta y dura. Cada campo utiliza todo tipo de recursos organizativos, estatutarios o retóricos para sacar ventaja en la definición de la realidad y los objetivos propios y los del otro.

El carácter cruento, sectario y demagógico de la pugna expresa los intereses contrapuestos de los dos grupos dirigentes, aparte de la escasa cultura democrática de ambos. No ha habido debate político, solo descalificaciones. A lo máximo, simplificación para desacreditar al contrario y forzar lealtades. Unos serían subalternos de la derecha (se acerca a la realidad), otros de Podemos (mucho más incierto). Es el 'otro' el que no defendería los intereses del PSOE ni los de España, aunque no quede claro cuáles serían. El problema, según el Presidente de la Comisión gestora, es la 'podemización' del PSOE. El grupo 'crítico' (desde Felipe González, Alfredo P. Rubalcaba y José Luis R. Zapatero hasta Susana Díaz y la mayoría de barones territoriales) es el que está más imbricado con el poder económico, institucional y mediático. Hace alarde de la responsabilidad de Estado, mientras se supone que la mayoría de la militancia está con Sánchez (y gran parte va mucho más allá) por lo que quería consultarla y hacer un Congreso inmediato, cuestiones rechazadas por la mayoría del Comité Federal.

La perplejidad de su base social y la ciudadanía es total. Las expectativas anteriores de ascenso electoral, a costa de Unidos Podemos (y Ciudadanos), derivado del plan inicial de Sánchez, han quedado destruidas, precisamente, por la revuelta del nuevo grupo dirigente y el espectáculo ofrecido por ambos. Pero, para los estrategias del golpe, como 'no va a haber elecciones', este sacrificio y división del PSOE en favor del PP merecería la pena: primero la gobernabilidad (de la derecha), luego la recuperación del prestigio perdido. Craso error. Ya no existe el bipartidismo y el descontento de su electorado puede terminar (a pesar de la línea más sectaria que se avecina) en otra opción: Unidos Podemos y aliados.

La comisión gestora se prepara para liquidar la opción del NO y avalar la continuidad de Rajoy y el PP. Pero el desgaste de su credibilidad y su capacidad opositora también están asegurados. Todos pierden: el PSOE y cada uno de los dos bandos; también la oportunidad de cambio gubernamental a corto plazo. Y gana la derecha. Triste resultado.

Pero hay que elevar la mirada. Para comprender el significado de esta crisis, su evolución y sus implicaciones políticas hay que analizar sus causas de fondo, las características de cada uno de los dos bandos y sus objetivos.

Existen diferencias políticas. Básicamente, la rotundidad del NO a la investidura de Rajoy y el Gobierno del PP, con la opción de ir a nuevas elecciones generales, o bien, evitarlas permitiendo (junto con Ciudadanos) un Gobierno del PP con Rajoy de Presidente. La conclusión del golpe orgánico sería garantizar el aval socialista necesario para la 'governabilidad' de las derechas. El efecto: mayor legitimación a su trayectoria regresiva y autoritaria del pasado y el futuro y mayores dificultades para el cambio y el bienestar de la gente. Pero sobre ello no se ha decidido nada formalmente. Persiste la resolución del Comité Federal de diciembre pasado, reafirmada en julio del NO al PP (y del NO a un gobierno alternativo con Unidos Podemos y el apoyo nacionalista). Es la batalla del próximo Comité Federal (el 15 o el 22 de octubre, dado el calendario institucional para evitar la convocatoria de nuevas elecciones generales).

Existe el consenso retórico sobre un supuesto proyecto socialista 'autónomo y ganador'. Pero es frágil, porque ninguno de las dos partes define en qué consiste, ni tiene una propuesta realista de cómo conseguirlo. Falta un discurso común que permita cierta integración y defina objetivos compartidos. Pero el giro socioliberal de la socialdemocracia lo imposibilita. Sánchez no es Corbyn. Quiso ser Renzi. Ha tenido el valor de enfrentarse al establishment, pero se ha quedado a mitad de camino, no se ha atrevido con el siguiente paso: una alianza seria con Unidos Podemos y convergencias para transformar España y fortalecer al propio Partido socialista. Ha quedado en tierra de nadie, sin fuerza institucional ni apoyo social suficiente. Ese objetivo genérico, para animar el corporativismo de partido, es más bien una fórmula vacía cuyo contenido puede tener elementos comunes y antagónicos entre los dos bandos. Sin discurso coherente o proyecto diferenciado del poder liberal conservador, el antagonismo interno se da, sobre todo, en quién lo debe liderar.

El origen del enfrentamiento interno en el PSOE se encuentra en la incapacidad y la división de su aparato dirigente para responder al continuado declive político y electoral. Éste está derivado, principalmente, de la estrategia equivocada de su dirección que ha incumplido sus compromisos sociales y democráticos con su base social progresista y la ciudadanía. Ante la creciente incompatibilidad entre los poderosos, con sus políticas regresivas, y los intereses y demandas populares, basadas en la justicia social y la democracia, la dirección socialista se han inclinado por los primeros, sin reconocer la realidad de su distanciamiento con los segundos.

La añoranza y los intereses del pasado bipartidista y su instalación como grupo de poder institucional, no les dejan adaptarse al nuevo equilibrio representativo. Su objetivo es volver al anterior sistema turnista, ya periclitado, sin un trato en el mismo plano de igualdad con las nuevas fuerzas progresistas estructuradas por Unidos Podemos y las convergencias y con similar representatividad ciudadana. Todo ello termina por afectar a la calidad ética, cultural y democrática de su aparato dirigente e incrementa la brecha de descontento con su propia gente afiliada.

La pugna política en el Partido socialista

Entre los aspectos que comparte la dirección socialista están el continuismo estratégico (socioeconómico, institucional y territorial) y su oposición a un cambio sustantivo. Igualmente, una posición común es la contención de la presión cívica y el cerco sobre Unidos Podemos y aliados para cerrar la dinámica del cambio real, debilitar su consolidada representación política y volver a un bipartidismo imperfecto y renovado con la prevalencia socialista. Hay matices entre los dos grupos dirigentes y, especialmente, entre la mayoría de la base afiliada socialista, bien intencionada en el mantenimiento de buenas relaciones y acuerdos con Unidos Podemos y convergencias y que Sánchez tampoco representa. Pero, tal como se ha demostrado en estos meses, ambos grupos, con matices, solo veían el posible diálogo con Unidos Podemos y convergencias (y las fuerzas nacionalistas) de forma instrumental y prepotente. El equilibrio se traslada hacia la derecha (C's), con la exigencia de subordinación y el chantaje hacia Unidos Podemos. Las palabras referidas a su hipótesis de Gobierno, como 'alternativo', de 'progreso' o de 'izquierdas', además de absorber expresiones de las fuerzas del cambio resignifica de forma distinta el contenido fundamental de la propuesta (el cambio real y la gestión compartida) de Unidos Podemos. Pretenden dejarle sin discurso propio y confundir a su base social.

En realidad la retórica de Sánchez de confrontación con la derecha (el NO a Rajoy) destaca el deseo de recambio de élite gobernante, lo cual es positivo, pero también esconde el continuismo estratégico de su proyecto y su oposición al cambio sustantivo. E igualmente, la propuesta de gobierno alternativo (de apoyo tripartito con C's), configura una apuesta institucional mejor (o menos mala) que la del PP, pero oscurece su negativa a una relación igualitaria con Unidos Podemos y sus aliados y a compartir con ellos el grueso del proyecto y la gestión, incluso simbólicamente, con su consiguiente subordinación y división.

Así, el grupo de Sánchez insiste en lo mismo que la legislatura pasada, un pacto tripartito con hegemonía socialista, prevalencia de Ciudadanos y subordinación de Unidos Podemos, con un proyecto socioeconómico, institucional y territorial continuista. El acuerdo PSOE-C's no estaba destinado a alcanzar el Gobierno, buscaba neutralizar la posibilidad de un Gobierno de progreso con Unidos Podemos (y aliados) y conseguir otros resultados positivos para ellos: cohesionar a su electorado con una prevalencia socialista y desacreditar a Unidos Podemos y convergencias, contribuyendo (junto con la campaña del miedo de la derecha y los poderes fácticos y mediáticos) al desapego abstencionista de una pequeña parte de su electorado, pendiente de recuperar. Lo consiguió parcialmente (bajo el silencio de los barones), solo que no evitó sino que favoreció el avance de la derecha, no amplió su electorado y el pequeño descenso de las fuerzas del cambio fue a la abstención. Es otro fracaso que ahora le vuelven a recordar sus barones. Esa estrategia de diferenciación retórica con la derecha y aislamiento de las fuerzas del cambio no produjo los resultados deseados.

Esa propuesta difusa del gobierno tripartito, ahora ya no tenía ninguna credibilidad, empezando por la oposición de A. Rivera. En todo caso, la opción principal de Sánchez era presentarse a las nuevas elecciones generales con esa retórica y un programa ambiguo, y tras el supuesto incremento de su distancia respecto de Unidos Podemos (y Ciudadanos) volver sobre su investidura posteriormente. Quizá con una posición más flexible y equilibrada que en la legislatura pasada, pero dentro del mismo marco de continuismo (renovado) y completa hegemonía socialista. Pero los ecos portugueses no se adecuan a la realidad española de paridad representativa, necesidad de una democratización profunda, firmeza contra la austeridad y los recortes y la articulación de la plurinacionalidad.

Es posible, ahora o dentro de un año, un programa de Gobierno intermedio y una gestión unitaria y compartida, entre PSOE y Unidos Podemos y convergencias, abierto a los nacionalistas (incluso, en algunos aspectos, a Ciudadanos). Es una solución progresista a la española, pero que choca con el giro derechista del acuerdo con Ciudadanos. Y ese reequilibrio en las prioridades de su orientación y sus alianzas, Sánchez no se ha atrevido a darlo. Es una expresión de su inconsistencia y su debilidad. Y es dudoso que sea su bandera efectiva para ganar el próximo Congreso y acceder de nuevo, en las próximas primarias, a la Secretaría General. La conspiración del poder establecido, interno y externo, para su defenestración se convierte, desde ya, en ofensiva sistemática, política y organizativa, para impedirlo.

Al grupo de Sánchez solo le cabe la ampliación de la participación de su militancia, el desarrollo de una corriente de izquierdas o auténticamente progresista y la derrota de la comisión gestora en el Congreso; o rendirse. Las espadas, en el mejor de los casos, están levantadas. Pero la solución está fuera de la estructura del PSOE. Es el incremento de la oposición social y política y el fortalecimiento de Unidos Podemos el que puede generar una mayor deslegitimación del continuismo de la derecha y provocar nuevas condiciones para el cuestionamiento del Gobierno del PP y sus políticas y forzar un auténtico Gobierno de progreso. También es una oportunidad para un nuevo PSOE, renovado, democrático y auténticamente progresista y sensible a la plurinacionalidad. Lo contrario es refugiarse en lo viejo, en la gente envejecida, rural y conservadora (mientras las capas acomodadas viran hacia la derecha), en su alianza con los poderosos para los que cada vez les es menos útil y lo necesitan menos. Una (PSOE) de las dos patas fundamentales del Régimen del 78 está en crisis; la otra (PP), ampliamente deslegitimada. Continúan las oportunidades del nuevo ciclo del cambio en España

Ante esta perspectiva de 'ingobernabilidad' de la derecha, el poder establecido, aparte de la prórroga de la provisionalidad institucional, no podía arriesgarse. Es el último desencadenante del golpe. La peladilla ofrecida por Sánchez a los poderes fácticos de la recomposición del bipartidismo, la neutralización del cambio sustantivo y la asimilación (o división) de Unidos Podemos no compensaba la incertidumbre de su relativa autonomía y el inicio de un camino inexplorado. Al decir de Susana Díaz, no hay que repetir la operación por tercera vez: hay que renunciar a un (hipotético) Gobierno alternativo ('85 diputados no dan para gobernar'). Se obvia la posibilidad de sumar el resto de posibles apoyos, eso sí reconociendo cierta

paridad y equilibrio programático y gestor con Unidos Podemos (frente a un alicaído Ciudadanos), que es lo que molesta. Por tanto, en el PSOE se impone otra táctica, más conciliadora hacia el PP y más dura contra las fuerzas reales del cambio. Pero esto último ya lo han probado las derechas y ambos grupos dirigentes socialistas... y han fracasado. Bloquean el cambio institucional a corto plazo, pero no detienen el rechazo popular a sus políticas.

A lo lejos, pero encima, los ojos del poder liberal conservador (y socialdemócrata) europeo, para impedir un factor progresista de oposición a su estrategia en la Europa del Sur que condicione su gestión regresiva y autoritaria con efectos disgregadores. Dejar gobernar al PP debilita el avance progresivo en Europa: derrotar los planes de austeridad (flexible), impulsar la reforma democrática y solidaria de las instituciones comunitarias, modernizar el aparato económico y productivo, afianzar los acuerdos con las fuerzas progresistas, particularmente del sur, y construir una Europa más justa, democrática e integradora. No obstante, de ello no se habla en el PSOE (ni en la sociedad); solo existe la versión continuista de la derecha: estabilidad económica al dictado del poder financiero, subordinación del país a una UE autoritaria e insolidaria.

Existen entre los dos grupos socialistas intereses y factores contrapuestos que son los que han hecho agudizar la batalla y su carácter cruento: el control del poder interno para adoptar decisiones políticas imperiosas a corto y medio plazo.

Por una parte, la garantía inmediata de asegurar la gobernabilidad del PP, la investidura de Rajoy y la 'política de Estado'. Es decir, las medidas fundamentales de estabilidad económica (ajustes presupuestarios) e institucional (neutralización de la oposición de Unidos Podemos y aliados y el desafío soberanista en Cataluña). Todo ello en beneficio de 'su España', el bloque de poder dominante, e intentando conseguir una mínima legitimidad interna entre sus bases a través de una diferenciación parcial con la derecha y una oposición 'útil'. El próximo Comité Federal debe definir esa posición política y es un momento todavía delicado para asentar el nuevo equilibrio de fuerzas y legitimidad.

Por otra parte, garantizar la consolidación de un nuevo equipo dirigente, quizá bajo la batuta de Susana Díaz como nueva líder, gestionando los plazos, el proceso y las condiciones del imprescindible Congreso y primarias a la Secretaría General y dificultando la oposición interna. No obstante, parece que, de momento, Sánchez no se rinde y amenaza con resistir y porfiar en su plan del NO al PP, ahora en versión de moción de censura a medio plazo y promoción de su gobierno 'alternativo'.

El plan de Sánchez (primarias a Secretario General y Congreso para ratificar su dirección y el NO al PP) consistía en incrementar su autonomía respecto de sus barones (y los poderes económicos y mediáticos, como el grupo PRISA) y, especialmente, reforzar su capacidad impositiva para, sin tantas disidencias, aplicar su proyecto y legitimar su discurso y su liderazgo. Es lo que ha impedido su derrota.

Origen del enfrentamiento

El enfrentamiento en el Partido socialista se produce por los intereses contrapuestos y las respuestas diferentes ante su prolongado declive representativo y electoral de dos grupos de poder, representados por Sánchez y los barones territoriales.

La desafección ciudadana hacia el Partido socialista se inicia frente a los ajustes, la reforma laboral y los recortes sociales del Gobierno de Zapatero, en mayo y junio de 2010; a partir de entonces se inicia todo un proceso de indignación cívica y un ciclo de la protesta social, simbolizado por el movimiento 15-M, las mareas ciudadanas y las grandes (y pequeñas) movilizaciones populares. Todas las iniciativas de justificación ('comunicación') de esa estrategia y de cambio de liderazgo van fracasando. En las elecciones generales de 2011, con la gestión de Zapatero y el 'nuevo' liderazgo de Rubalcaba ya pierden 4,3 millones de votos. Las elecciones europeas de 2014 demuestran su impotencia para recuperar credibilidad social. El nuevo liderazgo de Sánchez (joven y no contaminado directamente por la gestión gubernamental anterior) no permite tampoco remontar la tendencia y pierde otro millón y medio más el 20-D-2015. Suman casi seis millones, la mitad de su electorado de 2008, al comienzo de la crisis. El 26-J-2016 tampoco da esperanzas de recuperación. Por último, las recientes elecciones gallegas y vascas afianzan su debacle e irrelevancia.

La responsabilidad del continuado declive representativo no es (solo) por el 'liderazgo': por un lado, Felipe González, Almunia, Rubalcaba, ligados directamente al poder establecido, fueron desplazados por los electores; por otro lado, Zapatero (en sus comienzos), así como Borrell y Sánchez, que no han llegado a

governar, han sido algo autónomos y renovadores, y han terminado siendo echados por las élites partidistas ‘felipistas’; por tanto, la solución Susana Díaz, aparte de representar lo más derechista, centralista, jerárquico y caduco del PSOE, tampoco va a ser la solución. El problema no es de ‘comunicación’; es de contenido del discurso y, sobre todo, de sus prácticas. Los camuflajes retóricos y la fuerza de su aparato mediático (grupo Prisa...) son insuficientes para recuperar credibilidad social.

Fundamentalmente, la causa de fondo de su desplome está en su estrategia y su gestión, cada vez más alejada de las necesidades y demandas populares. Históricamente, el papel de la socialdemocracia ha sido ambivalente. Pero en este proceso de crisis sistémica y graves efectos sociales para la mayoría ciudadana, sus aparatos más relevantes se han decantado por el poder establecido y la austeridad y han incumplido sus compromisos democráticos y sociales. No representan una mejora para el bienestar de las capas populares, ni siquiera para la articulación territorial de la diversidad nacional. No son capaces de salir de la crisis de identidad y de proyecto. Y no hay rectificación, ni gestión, ni discurso alternativo, solo algo de retórica amable sin credibilidad para la gente progresista, joven y urbana.

No vale utilizar el victimismo socialista por una supuesta agresividad de Unidos Podemos (dejando aparte algunos sectarismos y salidas de tono) o por su deseo (legítimo) de adelantar al PSOE de forma democrática. Esta posición victimista es falsa. Por una parte, esconde las causas de fondo de su crisis y agotamiento, ya expresadas en la urnas en las elecciones generales de diciembre del año 2011 –la desafección de 4,3 millones de personas- (y antes y después en las calles, plazas y centros de trabajo), cuando Podemos todavía no existía. Por otra parte, elude (o justifica como ‘todo vale’) que su estrategia de acoso y acorralamiento contra Podemos (en colaboración con la derecha y los poderes fácticos) ha sido de una dimensión completamente desproporcionada y abiertamente antidemocrática y sectaria. Y apenas hay atisbos (unitarios) de cambio de actitud, todavía menos en la Comisión gestora.

Ese declive del PSOE es más grave en el plano comparativo. Por un lado el PP, a pesar de su pronunciado descenso electoral respecto del año 2011 y su marco de corrupción, el 26-J ha mantenido e incrementado su distancia. Por otro lado, se consolida la capacidad representativa e institucional de Unidos Podemos y las convergencias en un nivel similar al suyo propio. La crisis socialista tiene profundas raíces políticas y estratégicas que siguen sin resolver. Pero sus efectos de pérdida de poder institucional y político son muy duros para un partido de poder y ‘ganador’.

Una parte del diagnóstico está clara para su dirección: insuficiente credibilidad y liderazgo para representar un proyecto de cambio progresista. El objetivo común es frenar esa sangría de desafección electoral, reforzar un proyecto autónomo (de la derecha y de Unidos Podemos) y ‘ganar’ poder institucional. Ahí es cuando vienen las insuficiencias de diagnóstico, los errores estratégicos y su sustitución por soluciones falsas, así como la agria división por distintas respuestas de liderazgo. No hay relato ni reconsideración estratégica y de alianzas para frenar la dinámica regresiva y autoritaria del poder liberal conservador y garantizar unas políticas al servicio de la gente, con un Gobierno de progreso equilibrado.

Esa ausencia de rectificación de la orientación de fondo y el consiguiente bloqueo de su representatividad les lleva a un callejón sin salida respecto de su objetivo de recuperación política e institucional. Una vez fracasado el reparto de responsabilidades hacia el ‘enemigo’ externo (Unidos Podemos y convergencias), cada bando busca chivos expiatorios internos (el otro bando) para presentarse como salvación ante la defenestración del otro grupo dirigente. La dinámica cainita se refuerza, sin aportar ninguna solución, más allá del deseo de ‘ganar’ con un proyecto autónomo.

Las diferencias de los dos bloques internos son, sobre todo, corporativas o de poder. En la práctica siguen existiendo dos opciones: apoyar la gobernabilidad del continuismo, de la mano del PP (y Ciudadanos); apostar por el cambio real, aunque negociado, con Unidos Podemos (y las fuerzas nacionalistas). El NO de Sánchez a Rajoy, aparte de su evidente justeza, tenía un objetivo instrumental: ir con esa bandera a unas nuevas elecciones en las que lograr un mayor desgaste de su competidor directo (Unidos Podemos y aliados) y un mayor reequilibrio a su favor (distintas fuentes hablaban de lograr al menos cien diputados frente a cincuenta). Solo que esa hipótesis, después del espectáculo ofrecido, es todavía más incierta y choca con la ‘responsabilidad’ de evitar la prolongación de la incertidumbre de la ‘governabilidad’ y la aventura del probable desplome electoral.

Sánchez ha topado con los intereses de los poderosos. Su plan, aunque podría haber resultado eficaz para su estabilidad, era demasiado sutil y arriesgado. Además, tras estas semanas de pelea interna, con exposición pública en el Comité Federal de todos los viejos defectos sectarios y corporativos de la vieja

política, así como la actitud antidemocrática de la mayoría de dirigentes de ambos bandos, la hipótesis 'ganadora' de Sánchez para las próximas elecciones generales se evapora. Solo quedaba, de forma descarnada, el objetivo de su continuidad dirigente, sin ningún valor añadido para el nuevo grupo mayoritario del PSOE.

Su relato del NO pierde fuelle: es insuficiente para debilitar al PP y no va acompañado de la estrategia de cambio real y las fuerzas unitarias suficientes para completar una alternativa realista. La defensa del NO se queda a mitad de camino, en tierra de nadie, ni de parte de los poderosos, que ya piensan en recomponer las derechas, ni de las fuerzas alternativas. Podría tener más apoyo en su base militante, incluso ser capaz de resistir esta transición y volver a aspirar a ganar las próximas primarias y Congreso (¿dentro de un año?) pero a condición de completar el segundo paso: la alternativa de un proyecto de progreso, unitario y compartido con Unidos Podemos y aliados. Pero es a lo que hasta ahora se opone frontalmente poniendo por delante un proyecto continuista bajo su hegemonía absoluta, con la recomposición del bipartidismo (imperfecto) y la subordinación o debilitamiento de Unidos Podemos.

Sin embargo, esa ensoñación está fuera ya de la historia, es irreal y solo conduce a su fracaso. Así, solo queda una motivación: sostener su liderazgo precario, con una base social limitada, sin soluciones para la gente ni utilidad para los poderosos. Al parecer de los críticos, Sánchez arriesga al PSOE a un papel subordinado respecto de la derecha ahora o todavía más dependiente después de 'sus' elecciones generales. Para los barones, la abstención actual, negociada, vendría a paliar el riesgo del descenso electoral y político, la mayor hegemonía de la derecha, el posible *sorpasso* de Unidos Podemos y, por tanto, su menor relevancia y utilidad para el poder establecido. Es el relato para 'persuadir' sobre la abstención.

En consecuencia, el plan de Sánchez no convence al aparato político e institucional socialista. Por un lado, no frena a Unidos Podemos y aliados, ni contribuye al cierre de la dinámica de cambio sustantivo y representativo. Por otro lado, no garantiza una remontada socialista, un proyecto formal y retóricamente autónomo aunque dentro del consenso constitucional, centralista y neoliberal y, salvo algunas parcelas de poder territorial, subordinado a la derecha.

La pugna, en definitiva, se queda en algunos reajustes de poder y liderazgo. Por supuesto, sangrientos, manipuladores y dependientes del poder institucional, económico y mediático, pero sin una conexión con una trayectoria de progreso. La respuesta vuelve a ser comunicación y liderazgo, sin reorientación ni regeneración. Para ellos la decisión clave es, sobre todo, quién y cómo gestiona el poder remanente, asegura una recuperación electoral y garantiza la estabilidad institucional. No hay grandes diferencias estratégicas y políticas.

Todavía no hay un resquebrajamiento significativo sobre sus objetivos básicos: 'ganar', debilitar a Podemos, renovar el bipartidismo, garantizar la 'governabilidad' y acomodarse ante la estrategia liberal-conservadora-socialdemócrata. No hay nada de refundación política, reelaboración de nuevo discurso o dinámica transformadora. La solución a la crisis sistémica no puede venir del interior del PSOE.

Las derechas (PP con un Ciudadanos subalterno) tienen unos intereses y un discurso claro y consiguen una base social importante que no alcanza a la mayoría ciudadana. El electorado progresista podría ser mayoritario. Dentro de su ambivalencia, la dirección del PSOE reniega de una alternativa de progreso. El cambio será más lento y difícil, ya que debe madurar más la crisis de un PSOE socioliberal, subalterno de la derecha. No obstante, la legitimidad de la derecha es muy insuficiente y su dominio institucional limitado. Aunque ahora el PP salve la investidura de Rajoy, no hay que descartar una crisis institucional o de gobernabilidad a medio plazo, incluso como oportunidad instrumental para el propio PSOE (y Ciudadanos), en un ambiente cívico de oposición social y política a su gestión regresiva. Es el miedo de la dirección del PP. Volverían a aparecer, incluso en el contexto de las elecciones municipales y autonómicas de 2019 (o antes), parecidos dilemas sobre el cambio de Gobierno.

Pero, sobre todo, la construcción de una alternativa debe reposar en el desarrollo de un proyecto de cambio frente a la derecha, con un nuevo ciclo de defensa de políticas progresivas, basado en la participación popular y, por tanto, en el arraigo e iniciativa de la representación política alternativa.

Existen precedentes de ruptura de estructuras de poder partidista e institucional (escisión del PNV con EA, en el año 1986), aparentemente homogéneas y sin muchas diferencias iniciales de contenido político. Pero luego han cristalizado en la división total de grupos de poder y sus dirigentes han tenido que justificarse y legitimarse con un nuevo discurso diferenciado. Su evolución depende de que tenga éxito para ganar posiciones políticas e institucionales. Es difícil que el actual PSOE y el grupo de Sánchez llegue a esos

extremos, incluso que gane y gire hacia la izquierda (como el laborismo británico de Corbyn) o se constituya una fracción significativa por la izquierda (al estilo francés o alemán). Lo que sí existe en una parte significativa de su afiliación descontenta con esta deriva de su dirección, cuya reflexión y actitud debe madurar, facilitando puentes tras una propuesta unitaria de progreso.

Causas del declive del Partido socialista

Las causas de fondo del debilitamiento del Partido socialista son tres: su apuesta por la estrategia de austeridad y recortes sociales; su escaso compromiso con una profunda democratización y regeneración de la vida pública; su rechazo a la visión plurinacional de España, con la renuncia a la defensa de los derechos legítimos de los distintos pueblos, con una actitud integradora.

En los tres campos han realizado pequeños arreglos cosméticos y retóricos, que no hay persuadido a (casi) nadie de sus buenas intenciones reformadoras. La cuestión es que a la primera gran oportunidad de concretar un plan de Gobierno, su prioridad, compartida por todas las sensibilidades (menos la minoritaria izquierda socialista y algunos sectores del PSC) fue volcarse en el giro centralista y hacia la derecha de su pacto con Ciudadanos y su sectarismo contra Unidos Podemos y convergencias.

Por tanto, es verdad que existen matices políticos diferentes entre los dos bloques conformados en la presente crisis: el principal, la rotundidad del NO a Rajoy y el PP. Pero, ¿qué incentivos y seguridades podía dar Sánchez con su plan al aparato socialista?. Lo más inmediato para los más creídos y confiando (y ayudando) en la agudización del desgaste y la división de Unidos Podemos era, como decíamos, acercarse a cien diputados y arrancarles el deseado millón y medio de votos de Unidos Podemos y confluencias, dejándoles en cincuenta. Pero tampoco era un resultado seguro. Y todo ello a costa del riesgo de que el PP ampliase su distancia (a costa de Ciudadanos) con el PSOE o que ambas derechas obtuviesen juntas mayoría absoluta. Además de no conseguir el Gobierno deberían asumir la responsabilidad ante todos los poderes fácticos, incluido los europeos, y las capas acomodadas de la llamada 'ingobernabilidad'.

Incluso ese posible beneficio representativo para el Partido Socialista (con el perjuicio competitivo para el bloque felipista de Susana Díaz de ampliar la legitimidad y la autonomía del equipo de Sánchez) era incierto y no cambiaba los equilibrios de poder institucional, en manos de las derechas. La única posición sería y exitosa, con la movilización interna de la mayoría de la base socialista, deseosa de la alianza con Unidos Podemos y un cambio sustancial, era la afirmación en una reorientación estratégica de la política económica y social, el abordaje de la cuestión catalana y una profunda democratización y regeneración institucional, con puntos intermedios o compartidos con Unidos Podemos y aliados.

Pero es el aspecto de fondo que Sánchez nunca ha dado. Su actitud, sin un amplio acuerdo con las fuerzas del cambio en torno un plan equilibrado y compartido de Gobierno de progreso, no tenía la suficiente consistencia, de proyecto, poder institucional y base social, para detener la ofensiva de los poderes fácticos de dentro y de fuera de su partido. Podía reportar mayor deslegitimación a la vieja y renovada estructura de poder dentro del PSOE, representada por Felipe González y Susana Díaz, y su conexión con el poder establecido, económico, político y mediático. Contribuía a desvelar la posición prepotente y regresiva de la aspirante dirigencia socialista y, como decía, su posición subalterna de la derecha. Todo ello debilita la capacidad de recuperación representativa de la nueva dirección y es factor de crispación interna.

La cuestión ahora es cuál es la entereza del equipo de Sánchez para afrontar el desgarramiento interno y conformar una corriente fuerte de izquierdas frente a la previsible deriva liberal y autoritaria del Gobierno del PP y disciplinaria o coercitiva de la Comisión gestora. De momento no hay coherencia ni capacidad para hacer frente a esta crisis y abordar la necesidad de una afirmación de izquierdas. La dinámica actual hace depender mucho al PSOE de las posiciones en el aparato institucional y de poder. Y en la medida que su 'bando' prefigure la derrota, la aceleración de abandonos va a ir a más, con el desconcierto y la frustración de la mayoría de sus cargos intermedios y afiliados de base y, especialmente, de gran parte de su electorado. Sería deseable que se fortaleciesen esas corrientes de izquierda dentro del PSOE, empezando por la propia Izquierda socialista. No obstante, es difícil que el equipo de Sánchez encabece esa reconstrucción desde fuera del poder interno. Las prácticas autoritarias y el control organizativo del nuevo núcleo dirigente, previsiblemente serán más duros contra los nuevos disidentes, con la marginación de puestos y privilegios. A falta de fuertes convicciones políticas y éticas y arraigo social activo, pueden ser

capaces de disuadir de la crítica a muchos cuadros y afiliados bienintencionados. El deslizamiento hacia otras formaciones será lento pero probable.

No hay que olvidar que la campaña de tergiversación orquestada por la dirección del PSOE y su aparato mediático, junto con la dinámica del miedo protagonizada por la derecha y las propias dificultades de la campaña electoral, sí consiguieron dos efectos colaterales: debilitar a una parte del electorado progresista (un millón que fueron a la abstención) en torno a Unidos Podemos y sus aliados; pero al mismo tiempo, debilitar el bloque global progresista y favorecer a la derecha del PP. Es otra consecuencia de su estrategia sectaria.

Así, la diferencia estratégica entre las dos tendencias principales del PSOE, no sería muy grande. Su interés común es debilitar al bloque progresista en torno a Unidos Podemos y neutralizar el proceso de cambio sustantivo en España. Siguen atados al Régimen del 78. El objetivo retórico es fortalecer el proyecto 'autónomo' socialista, es decir, volver al bipartidismo con el debilitamiento de la presión social por el cambio y la subordinación de su representación política e institucional. La táctica y la retórica varían un poco. Pedro Sánchez y su equipo, buscaban su reafirmación en la dirección socialista en su rechazado plan de Congreso y primarias, para continuar en una posición interna de ventaja y hegemonizar el próximo periodo, incluida la inminente campaña electoral. La mayoría del Comité Federal lo ha bloqueado y ha nombrado la Comisión gestora, pero ese objetivo compartido junto con las diferencias persisten.

Sin embargo, ambos bandos no tienen una respuesta segura para resolver el problema de fondo de cómo evitar su declive representativo y frenar a Unidos Podemos y aliados. Es más, la alternativa de los barones críticos, con su mayor compromiso con la gobernabilidad de la derecha, su retórica de ser una oposición 'útil' y su sectarismo anti-Podemos, no les asegura una recuperación electoral. Puede ser valorado por los poderes fácticos una buena gestión para estabilizar la hegemonía del poder liberal-conservador, con una socialdemocracia subordinada, y frenar la dinámica de cambio en España y su influencia en el conjunto del sur europeo. Pero como "Roma no paga a traidores", tras agradecerles los poderosos el servicio prestado, continuarán su proceso de desconcierto identitario y estratégico y su declive político y desafección electoral. En ese sentido, el plan de Pedro Sánchez todavía podría reflejar ese interés corporativo de una élite política algo autónoma de la derecha que pretende conservar un pequeño espacio político y electoral, pero sin cuestionar los compromisos de fondo con el poder oligárquico. Es el dilema de la socialdemocracia europea.

No hay solución española progresista de la mano del PSOE. Su núcleo dirigente lo impide. Una parte de su estructura y la mayoría de sus bases sociales deberán participar en ella. Pero la respuesta está en el devenir del movimiento popular y la ciudadanía crítica y el fortalecimiento de Unidos Podemos y las confluencias.

Inconsistencia del plan de Sánchez

La crisis del PSOE deriva de su estrategia equivocada y su correspondiente declive político y electoral, sin consistencia para un giro social de su política socioeconómica y una respuesta regeneradora y democrática, incluyendo el tema territorial. Todo ello necesitaba un acuerdo serio y leal con Unidos Podemos para conformar un Gobierno de progreso y un proyecto compartido de cambio sustantivo. Sánchez, en estos meses, no se ha atrevido, sino todo lo contrario. Los últimos amagos, anunciando diálogo y flexibilidad, ni siquiera han llegado a conversaciones exploratorias consecuentes. Su alusión de gobierno 'alternativo' no salía de la ambigüedad programática y la referencia del acuerdo con C's y una composición de apoyo tripartito, negado por Rivera. La rebelión del poder establecido dentro y fuera del PSOE quiere cerrar cualquier hipótesis de cambio real, aunque Sánchez pueda recuperar su plan como bandera en la pugna interna hasta el Congreso

Pedro Sánchez y su equipo han venido insistiendo en el NO a la investidura de Mariano Rajoy, líder del PP, como Presidente del Gobierno. Es una posición acertada pero insuficiente. Por una parte, contribuye a deslegitimar al Ejecutivo del PP y sus políticas e impedir el simple continuismo de su estrategia regresiva y autoritaria, más cuando está involucrado en la corrupción política e institucional. Por otra parte, esa actitud no garantiza el desalojo del PP del Gobierno, se queda en una simple retórica y se combina con un rechazo a formar una alternativa progresista, junto con Unidos Podemos.

Así, su oposición a validar el Gobierno de derechas, con el pacto de Partido Popular y Ciudadanos, es frágil e inconsecuente. Dados los poderosos enemigos que tiene, dentro y fuera del Partido Socialista, el simple NO, si no lo refuerza ni lo completa, está condenado a fracasar. ¿Qué sentido tiene su mantenimiento (hasta ahora), con la clara retórica que lo acompaña, al mismo tiempo que evitaba construir una alternativa gubernamental de progreso? La respuesta es sencilla: Legitimar su liderazgo, interno y externo, y recomponer la hegemonía socialista perdida entre las fuerzas progresistas. Su objetivo era doble y estaba combinado: aislar a Unidos Podemos y sus aliados, frenando su consolidación e intentando ensanchar la distancia de su representatividad; volver al bipartidismo (imperfecto) con una completa hegemonía socialista entre las fuerzas de progreso.

Pero esa estrategia del NO era insuficiente para desalojar al PP del poder que es lo principal. Su propuesta de un acuerdo de PSOE con Ciudadanos y Unidos Podemos y convergencias, es también retórica. La experiencia pasada nos dice que su concreción consistía en un acuerdo gubernamental con C's, con políticas socioeconómicas y territoriales continuistas, similares a las del PP y la derecha europea. A ese plan es al que se invitaba a Podemos y convergencias a sumarse de forma subordinada. Solo garantizaba un recambio de élite gobernante pero con la consolidación del continuismo en materia socioeconómica y territorial y, por tanto, la neutralización de las demandas de cambio de la mayoría de la sociedad española, incluida las de sus propias bases sociales.

Su objetivo no era un Gobierno de progreso y el comienzo de una transformación socioeconómica, institucional y territorial, aunque fuese moderada, con un reforzamiento de las fuerzas del cambio. Consistía en frenar a Podemos, recomponer la hegemonía socialista desde la añoranza del bipartidismo, sin garantizar un cambio sustantivo de los tres grandes desafíos para abrir un ciclo progresista en beneficio de la mayoría ciudadana: un giro hacia una democracia social y económica, frente a la estrategia austericida y de recortes sociales y en defensa de los intereses y demandas de las mayorías populares; una profunda democratización de las instituciones políticas, con una clara regeneración de la vida pública; un reconocimiento de la realidad plurinacional con una articulación democrática y solidaria de los pueblos del Estado, en un nuevo marco político y constitucional. Estos objetivos se basan en el desarrollo de dos grandes valores o principios: justicia social y democracia.

Inexistencia de un proyecto socialista autónomo

La diferenciación del PSOE con la derecha y los poderes 'económicos', a veces áspera, es retórica. Aspira, fundamentalmente, al recambio de élites gubernamentales, la clásica alternancia. Se formula como aspiración a ser un partido 'ganador' frente al PP, pero carece de proyecto alternativo. Expresa un interés corporativo, la añoranza del bipartidismo con la neutralización del cambio, con un obscurecimiento del contenido del proyecto y su compromiso con las capas populares. Por tanto, las diferencias internas, programáticas y de objetivos, son relativas. Las discrepancias sustanciales son de liderazgo y grupo de poder como garantía del proyecto 'ganador'. Pero, ¿en qué sentido y para quién?

La socialdemocracia europea está en la encrucijada, por su giro socioliberal y su subordinación al proyecto liberal-conservador. ¿Cabe una retórica centrista (o de izquierdas) con un plan regresivo, autoritario e insolidario en la construcción europea y en cada país? Hasta ahora, el grueso de la socialdemocracia, consciente de los costes electorales por su corresponsabilidad en la gestión impopular de la crisis sistémica, ha intentado sólo construir un relato justificativo; es la tarea de 'comunicación'. Su escaso éxito le impone un dilema: acentuar el papel de esa comunicación, incrementando las tareas de tergiversación y manipulación (cosa que ya hacen los partidos de derecha) de sus aparatos mediáticos; o bien, reorientar su política, sus prioridades y sus alianzas para participar en el imprescindible cambio de dinámica global en países significativos como España y el conjunto de la UE.

La opción alternativa es una estrategia contraria: progresiva (en lo social y económico, en los derechos sociales y laborales y las garantías públicas), democrática (en lo político-institucional, territorial y cívico), solidaria (inclusiva e integradora, de los países del sur, los diferentes y los desfavorecidos). El PSOE, sus dos 'bandos', siguen sin una reconsideración de su gestión antisocial y sus déficits democráticos desde el comienzo de la crisis socioeconómica e institucional y se mantienen en el continuismo estratégico. Y cuando se ha producido una oportunidad para el cambio institucional, tras el 20-D, su prioridad ha sido reforzar ese continuismo programático y de hegemonía institucional con su pacto con Ciudadanos, en vez

de explorar un cambio real y un nuevo equilibrio institucional, aceptando la pluralidad representativa y la casi paridad con Unidos Podemos y confluencias.

Por tanto, de momento, ninguna de las dos partes del PSOE aporta una reorientación de la estrategia y un nuevo relato para avanzar claramente por la senda del cambio.

Mientras tanto, la pugna de las próximas primarias y el Congreso extraordinario puede ser tensa y la profunda brecha existente consolidarse. Sobre ello recae, parece, la tarea de la Comisión gestora. En primer lugar, resolver el 'interés' de España, la gobernabilidad del PP, mediante la colaboración socialista, con la retórica diferenciadora de hacer una oposición 'útil'. Es decir, consenso en los temas de Estado, ampliado a los compromisos europeos, junto con algunas reformas pactadas o forzadas al PP. En segundo lugar, achicar la oposición interna a la nueva mayoría del Comité Federal y controlar todo el proceso de primarias y Congreso. Eso significa definir el objetivo de 'pacificación' interna, con los mecanismos de 'persuasión' (o coerción) de un aparato de poder y la distribución de posiciones institucionales, en los plazos convenientes (quizá hasta un año) para desactivar al equipo de Sánchez y su apoyo militante.

Su punto débil (y el fuerte de Sánchez) es que, por un lado, es inevitable la corresponsabilidad de la nueva dirección con los fundamentos de una gestión continuista del Gobierno de Rajoy y, por tanto, de deslegitimación por su colaboración en el bloqueo del cambio; y por otro lado, que aunque frenen la dinámica de cambio institucional no van a poder doblegar a Unidos Podemos y aliados ni impedir el ascenso de una nueva oposición social y política que garantice a medio plazo un nuevo equilibrio, más favorable para una transformación sustantiva.

Por tanto, aunque la nueva dirección controle y aplase las primarias y el próximo Congreso del PSOE, de forma inmediata no va a poder cantar victoria sobre la estabilidad interna. El equipo de Sánchez podría volver a ganar. Su dificultad, aparte del bloqueo del poder establecido externo e interno, es que no tiene suficiente disponibilidad y consistencia para imprimir una reorientación estratégica. Ésa es su única posibilidad para fortalecer el apoyo de sus bases sociales, ganar el PSOE, articular la fuerza social y política necesaria para enfrentarse a los poderosos y participar en el cambio institucional.

Hoy por hoy, ambos bandos comparten esa necesidad de continuismo estratégico y, sobre todo, de hegemonía socialista 'ganadora', con la subordinación de Unidos Podemos y convergencias y el mantenimiento de un 'tono' diferenciador con el PP. Las diferencias son de grado y, especialmente, de quién lidera la recuperación (poco probable) de ese partido socialista ganador.

La realidad es que solo desde el reconocimiento de la paridad representativa con Unidos Podemos y aliados y un proyecto intermedio y compartido, con todo o una parte sustancial del PSOE y sus actuales bases sociales, es posible acumular la suficiente representatividad y legitimidad para dar un vuelco a la inmediata 'governabilidad' de la derecha. No hay que esperar toda la legislatura. La evidencia de los desastres sociales del continuismo gestor del PP y la hegemonía liberal conservadora en la UE, así como el bloqueo regenerador y democrático, podrán posibilitar el cuestionamiento a su legitimidad y articular los mecanismos institucionales para impedir sus políticas más impopulares, incluso desalojar al PP con una moción de confianza y cambio de Gobierno, (los números siguen posibilitándolo). Es un desafío para las fuerzas reales del cambio y en general para la ciudadanía activa española. Supone la articulación de una nueva dinámica de movilización popular, de ampliación del tejido asociativo y cultural, de participación cívica con un discurso democrático-igualitario y tras un proyecto de cambio sustantivo.

Incoherencia e irrealidad de un Gobierno tripartito

Ahora, tras el 26-J, en el plano institucional existe una situación algo más favorable para las derechas. No solo por el ligero avance del PP cuanto por el decidido aval de Rivera a la investidura de Rajoy y el apoyo al PP, así como, simultáneamente, por su rechazo a apoyar a Sánchez, menor ante la eventualidad de un acuerdo con Unidos Podemos y/o los nacionalistas.

La propuesta de Gobierno alternativo tripartito, que tanto se ha divulgado por el equipo de Sánchez y otros actores, queda en mera hipótesis sin operatividad real. La Comisión gestora lo ha enterrado. Pero conviene darle una vuelta; sigue siendo una posición para algunos y en cualquier momento puede ponerse otra vez de actualidad. En la anterior legislatura todavía tenía algo de credibilidad práctica, rápidamente hundida por la prioridad socialista hacia el acuerdo con la derecha de C's; ahora que éste manifiesta claramente su compromiso con el PP y sus políticas, queda como simple ejercicio retórico. Su función era

doble. Por un lado, reforzar el NO a Rajoy, ofreciendo una salida al bloqueo institucional. Por otro lado, echar la responsabilidad del 'recambio' y su fracaso, es decir, mantener la acusación de impedir el desalojo del PP, a ambos partidos emergentes, especialmente a Unidos Podemos y sus aliados. La conclusión es que ambos debían apoyar a Sánchez, sin definir una auténtica política de cambio, que Ciudadanos ya rechazaba la legislatura pasada.

Incluso la hipótesis de un Gobierno socialista con 'independientes' de Ciudadanos y Unidos Podemos, tampoco resuelve la encrucijada principal: Qué orientación política va a practicar ese Gobierno en esas tres áreas fundamentales. La dificultad principal no es la de la presencia formal o no de los máximos representantes políticos de cada fuerza. El veto de fondo de todos los poderes fácticos, incluido la troika, es a un giro social y democrático en un país crucial del sur de Europa y su apuesta por la recomposición de la 'gobernabilidad' de los poderosos y el sistema bipartidista (imperfecto) con la neutralización de las fuerzas del cambio. No existe un gobierno alternativo si no es de progreso, de cambio real. No es de recibo quedarse solo en el 'recambio' de élites, solicitando autonomía completa para el PSOE y que no conlleva automáticamente el compromiso por un proyecto compartido y un cambio sustantivo. El contrato social y democrático se basa en la confianza y la participación ciudadana en los dos aspectos: tipo de proyecto, necesariamente democrático e igualitario, y élite representativa y gestora (el para qué y el quién). Son las dos caras de la misma moneda.

Las posiciones programáticas de Unidos Podemos (y confluencias) con el pacto PSOE-C's, en materia socioeconómica y territorial, son antagónicas en lo fundamental. Los que apoyan la Comisión gestora actual del PSOE consideran que es imposible el intento y que solo obedece a la conveniencia de Sánchez de mantener su liderazgo interno. El equipo de Sánchez podría haber avanzado una prioridad negociadora con las fuerzas del cambio, lo que le suponía un cambio programático y de articulación de un nuevo equilibrio en sus alianzas. Es lo que temían los poderosos y sus aparatos mediáticos que, simplemente, no podían aceptar ni esa mera hipótesis.

Pero, la actitud de Sánchez y su equipo (incluido personas más avanzadas como O. Elorza, J. Borrell o M. Iceta) no ha llegado nunca a traspasar esa línea roja (que sí lo hace Pérez Tapias de Izquierda socialista). La retórica de un Gobierno alternativo o de izquierdas solo esconde un gobierno socialista, con la mutua neutralización y subordinación de Unidos Podemos (y aliados) y Ciudadanos, con su completa hegemonía representativa y gestora y sin un compromiso de cambio significativo de las políticas socioeconómicas y territoriales, incluso democráticas.

Su propuesta concreta parece que consistía en un Gobierno socialista con participación de independientes afines a Unidos Podemos y Ciudadanos, con un proyecto solo de recambio gubernamental, con un programa continuista 'renovado', con pequeñas reformas sociales y de regeneración democrática. Su chantaje a Unidos Podemos, con palabras más amables, era similar al de la pasada legislatura: subordinación, o pretexto para seguir con la campaña de aislamiento.

El eje alternativo debe ser un acuerdo intermedio y compartido entre PSOE y Unidos Podemos (y aliados). El equilibrio no puede darse entre una dirección económica presidida por L. Garicano y J. Sevilla, con algunas concesiones limitadas en el área social, y una leve regeneración democrática, junto con un bloqueo del tema territorial.

Además, al rechazar Ciudadanos esa vía tripartita, solo quedaría la opción de un acuerdo con Unidos Podemos (y aliados), con un giro social a sus políticas económicas y mayor profundización de la democratización institucional, incluido el tema territorial, y la regeneración democrática. Además, debería ser seguido de una negociación con las fuerzas nacionalistas catalanas y vascas, que conllevaría cierta flexibilidad para tratar el tema territorial, cosa a la que el equipo de Sánchez también se oponía.

¿Qué sentido tenía la oferta retórica del PSOE de negociación tripartita con Unidos Podemos y Ciudadanos?. Evidentemente, no la de dar pasos serios y constructivos en ese sentido, sino ganar protagonismo y conformar un pretexto para seguir criticando a Unidos Podemos como supuesto responsable de la continuidad del PP. El objetivo de lo que llaman proyecto socialista autónomo tampoco era avanzar en la difícil formación de un Gobierno alternativo, sino ensanchar la representatividad del PSOE (la ilusión de conseguir 100 diputados) a costa de Unidos Podemos y confluencias (que deberían quedarse en no más de 50). Por tanto, no era una propuesta unitaria y constructiva para cambiar las instituciones y las condiciones de la gente, sino un discurso ventajoso para el plan de Sánchez de entrar en la campaña de las próximas elecciones generales con mayores garantías para su preponderancia frente a Unidos Podemos.

Pero ese plan era de aplicación improbable, sobre todo por la dura oposición de Ciudadanos. Solo cabía la versión de la búsqueda de apoyo de las fuerzas nacionalistas, lo que suponía acordar también seriamente con Unidos Podemos y las confluencias el programa de giro socioeconómico y flexibilidad en la cuestión territorial. Podría ser transitable; es lo que deseaba, por ejemplo, M. Iceta. Pero es dudoso que correspondiese al diseño de Sánchez: disputar, tras las nuevas elecciones generales, la hegemonía del PP, al mismo tiempo que recuperar el bipartidismo y distanciarse respecto de Unidos Podemos y aliados, a los que se les sometería a la presión clásica: PP o PSOE, con el cierre del cambio sustantivo.

Para el grupo de Sánchez el fundamento de esa propuesta tiene, sobre todo, un componente instrumental: cómo evitar su prolongado declive representativo y de poder y, especialmente, cómo reforzar quién gestiona ese debilitado poder institucional (él mismo).

Para el poder establecido, de fuera y de dentro del Partido socialista, ese plan conllevaba cierto riesgo: generar una expectativa de desalojo gubernamental de la derecha, mantener su inestabilidad, generar confianza alternativa en el grupo dirigente. No obstante, no estaba inscrito en una rectificación de la estrategia socialista pasada: por un lado, de giro a la derecha en materia socioeconómica y visión centralista en materia territorial, reafirmados por el pacto con Ciudadanos; por otro lado, de acoso total contra Unidos Podemos y las fuerzas nacionalistas, aun con algún guiño amable.

Por tanto, esa idea de Sánchez no era consistente para abrir un nuevo ciclo de confianza y colaboración entre las fuerzas progresistas para desplazar a las derechas y abrir una dinámica de cambio. Por supuesto, no es comparable con el giro a la izquierda del laborismo británico, con Corbyn; ni siquiera, con la alianza más pragmática (en condiciones más favorables por su mejor correlación de fuerzas y la ausencia de problemática territorial) del Partido socialista portugués con el Bloco y el PCP. Tampoco es debido a ninguna reflexión o reorientación de la estrategia pasada o la encrucijada de la socialdemocracia europea para distanciarse de su consenso con la estrategia injusta e insolidaria del poder liberal conservador. Tiene poco recorrido.

Antonio Antón es profesor de sociología en la Universidad Autónoma de Madrid. Este texto ha sido compuesto por el autor a partir de tres artículos publicados el día 7 de octubre en *Público*, *Nueva Tribuna* y *Rebelión*. @antonioantonUAM